

El camino del internista: experiencias de un residente de medicina interna.

Beatriz Seoane González

Residente de 4º año de Medicina interna. Hospital Juan Canalejo.

A Coruña

Resulta cuando menos difícil describir en pocas líneas la experiencia del residente de Medicina Interna; se trata de contar lo vivido, no en cinco años, sino en un largo camino que no tiene en estos años de residencia su etapa final, tan sólo otro período, ni más fácil ni más difícil que los anteriores, que aspira a prepararnos para el siguiente.

La residencia es una etapa fundamental en la carrera de cualquier médico. Constituye el periodo de formación más importante, no solo como clínico, si no de cara a la adquisición de otras habilidades, como la capacidad para empatizar con el paciente y combinar de manera adecuada conocimiento, intuición y criterio; es, en definitiva, el tiempo, cada momento de la etapa de formación, que marca lo que, en cada rotación debe encontrar, el papel que quiere o puede jugar en esta práctica médica, que a pesar de los asombrosos avances técnicos, sigue siendo un arte. Pero, como todos los proyectos en la vida que resultan largos y complejos, es difícil situarse en ellos y explicar qué va ocurriendo, sin pensar en la etapa previa ni echar un vistazo a la que nos espera delante.

Por eso hay que tener en cuenta que la residencia de Medicina Interna es una parte del camino común a cuyo inicio cada uno de nosotros llegó por sendas muy diferentes, motivos dispares y con muy diversas expectativas. Lo que seguro que tenemos en común todos los que en algún momento de este camino decidimos dedicarnos a la medicina, es una maleta llena de ilusión que va entre temores, indecisión y cierta incertidumbre. Estas sensaciones y sentimientos que producen las

decisiones importantes, aquellas que sabemos que marcan de alguna manera nuestra vida y que, como esta, arrastran detrás, muchos años de trabajo y esfuerzo.

En este momento, en que el avance de la medicina la ha dividido en tantas especialidades, sin duda necesarias, y subespecialidades, que cada vez serán más, nuestro sistema sanitario de formación las ha convertido en algo similar a cajones. Cajones entre los que cada uno de nosotros tiene que elegir, para de pronto salir de debajo de un millón de folios estudiados durante los años de carrera y preparación del examen MIR, tan alejados a veces de la realidad de la práctica de la medicina diaria, y empezar a formar parte de uno de esos cajones de la medicina, sin percatarnos muy bien de lo que sucede en el resto.

Y los que en el camino nos decantamos por esta especialidad, nos encontramos el primer día de bata y fonendo, con el cajón más grande, casi inabordable. Y eso es probablemente una de las primeras lecciones que el residente de Interna tiene que aprender, y asumir, aunque al principio resulte laborioso. Porque gran parte del encanto de nuestra especialidad está en su complejidad, que el avance de la medicina hace inabarcable, y asumido esto, nos coloca en esta posición privilegiada, a veces tan ardua, de ser capaz de enfocar al paciente de manera global, desde esta perspectiva única, manteniendo siempre la interacción con otros especialistas.

Para llegar a esa madurez en la perspectiva del enfoque clínico, nuestra formación se compone de diversas rotaciones en otros servicios, esos otros cajones, necesarios en el sistema actual para adquirir conocimientos de cada ámbito; para aprender y, a veces, aprender qué parte no nos corresponde aprender. Y eso nos permite recopilar en el camino lo mejor, o lo más apropiado, de quien ejerce esta profesión en otro campo o desde otra perspectiva, para incorporarlo cada uno a su bagaje personal e ir llenando la maleta. Esto, aún a costa, como los que hemos visitado muchos lugares, de que en algún momento no te sientas de ningún sitio, hasta que poco a poco vayamos encontrando el nuestro, en este, el cajón por excelencia de la Medicina Interna.

¿Y han cambiado mucho las cosas en estos últimos veinticinco años? Parece difícil decir que no cuando se tiene la sensación de que ya han cambiado desde que uno subió al tren, y en realidad fue casi “ayer”. Con un sistema de formación todavía más estandarizado, no sé si mejor formados en nuestros conocimientos teóricos pero sin duda con más posibilidades de hacerlo, todos pasando por esa criba que debería ser el examen MIR, puede que lo fundamental no haya cambiado tanto. Porque los escollos de hoy son probablemente muy parecidos a los de ayer: nuestra importante carga de trabajo, la creciente demanda asistencial, la necesidad en muchos casos de ser autodidactas, el escaso desarrollo de la investigación, el abismo de la situación laboral al final del camino...Y porque en realidad seguimos salvándonos como podemos. De todas formas, el recuerdo, ya casi al final de la residencia, no es por esto ni mucho menos amargo, sino que permanecen en la memoria un montón de buenos momentos, de terribles guardias con maravillosos compañeros, de los pacientes por los que luchamos que, en verdad, más que quebraderos de cabeza nos dieron ilusión y de ese millón de situaciones que mezclan emoción, ansiedad y temor, propias del que está aprendiendo, (aunque nosotros aprendiendo estamos siempre) y para las que al final encontramos la salida, más o menos correcta. Puede que todo esto no haya cambiado tanto...Porque para sacar lo mejor de este trayecto sigue siendo importante recorrerlo *queriendo hacerlo* y aunque puede parecer redundante, la residencia de Medicina Interna es un camino, sobre todo, para el que realmente lo que busque sea ser eso, ser internista...médico.